

I

El plano global

La mayoría de la gente sufre grandes cambios a lo largo de cualquier período de diez o quince años. El cerebro, el cuerpo, las necesidades y los deseos, las circunstancias y las expectativas, todo cambia mientras crecemos y pasamos de ser un niño de cinco años a ser un joven adulto de veinte; de estar recién casados, con veinticinco años, a la temprana madurez; y desde los cincuenta años, en pleno auge de nuestras carreras, a ser abuelos a los sesenta y cinco. Por lo general, las sociedades cambian menos que la mayoría de los individuos en un período de quince años. Además, la mayoría tiene una vida mucho más larga, aunque en ocasiones un acontecimiento de gran importancia, como una guerra o una bonanza excepcional, cambie las condiciones y perspectivas de una nación a corto plazo. Unas fuerzas más amplias y poderosas, fuera del control de cualquier país o de sus dirigentes, pueden variar el rumbo del desarrollo del mundo entero. Estos fenómenos —una de esas fuerzas nuevas cambia la manera en que abordamos la vida familiar, surgen nuevas tecnologías que cambian factores fundamentales en todas las economías o cae un imperio mundial— se producen, por lo general, una sola vez en muchos siglos. Vivimos en un período en el que tres de esos acontecimientos tectónicos están teniendo lugar al mismo tiempo.

En la actualidad hay tres grandes fuerzas globales que están dando una nueva forma a nuestro futuro. La primera es un ex-

traordinario cambio demográfico mundial. Durante el último medio siglo, todas las sociedades avanzadas y la mayoría de los países en vías de desarrollo han experimentado un *baby boom* (enorme aumento de los nacimientos), seguido de un *baby bust* (una caída en picado de los mismos). En el siglo XIV, la peste mató a una cuarta parte de la población europea, y las guerras mundiales del siglo XX diezmaron la población de hombres jóvenes en varios países. Pero lo que está sucediendo hoy —en casi todo el mundo, el mayor envejecimiento nunca visto de la población de cada nación, junto con la cantidad relativamente más pequeña de personas en edad de trabajar de la que se tiene constancia— carece de precedentes históricos y tendrá amplios efectos tanto en la rapidez con la que crecen los diferentes países como en la capacidad básica de los gobiernos para satisfacer las necesidades de decenas de millones de personas que alcanzan una edad avanzada.

La segunda gran fuerza es la globalización, principalmente el rápido avance de redes mundiales enormemente complejas de dinero, recursos, producción y necesidades de consumo. Ya ha habido varios períodos durante los cuales el comercio y las comunicaciones se expandieron de repente, sobre todo en la era de las exploraciones en el siglo XVII, y con la difusión del telégrafo y la electricidad a finales del siglo XIX. La fase actual tiene un mayor alcance, pues las nuevas tecnologías de la información afectan a más sociedades con mayor rapidez. Es, también, más amplia; 151 países han aceptado las normas generales de la Organización Mundial de Comercio, que los abren a la inversiones extranjeras y a una competencia exterior e interior mucho mayor. El que la mayoría de los habitantes de Europa, Japón o Estados Unidos progrese o se limite a ir haciendo dependerá de si sus gobiernos y sociedades encuentran un medio de prosperar bajo estas normas... y de competir con la combinación, sin precedentes, de tecnologías avanzadas y una cantidad enorme de trabajadores cualificados y con bajos salarios de China y la India.

El tercer gran cambio histórico es la caída de la Unión Soviética, su imperio europeo y su ideología política. Otros imperios e ideologías han desaparecido muchas veces con anterioridad, pero desde los tiempos de Roma ningún acontecimiento parecido ha dejado a una única superpotencia militar y económica sin nadie que pudiera equipársele ni de lejos. Además, al auge de Roma no coincidió con un período de globalización económica que cambiara el mundo. Tampoco la caída de los imperios del pasado fue acompañada por otros terremotos geopolíticos como los que presenciamos hoy; es decir, la rápida transformación del país más grande del mundo desde el socialismo hasta una forma hipertrofiada de capitalismo, y el desplazamiento del centro de la política mundial desde las naciones del Atlántico a las de la costa del Pacífico. En lugar de la guerra fría y de todo lo que ésta exigía de la mayoría de los países, la geopolítica de los próximos quince años estará impulsada por una amalgama de todos estos fenómenos extraordinarios.

Estos cambios y sus combinaciones e interacciones tendrán efectos profundos en el rumbo que seguirán las principales sociedades y en la vida diaria de sus pueblos, y ninguna nación ni persona podrá desentenderse de sus consecuencias.

Hablando en sentido estricto, estos cambios no determinarán el futuro concreto de nadie. Durante los próximos quince años llegarán y pasarán nuevas guerras y alianzas, períodos de expansión y recesión, progreso social y terribles conflictos internos, y cada uno tendrá su origen en incontables decisiones y sucesos que no es posible conocer hoy. Pero sea lo que sea lo que el futuro cercano nos depare a cada uno de nosotros en particular, tendrá lugar en un mundo en el que estas tres grandes fuerzas moldearán su inicio y sus resultados.

Los poderosos efectos de estas fuerzas proceden de su profundidad y amplitud. Las decisiones relativas a la planificación familiar que, durante más de dos generaciones, han adoptado miles de millones de personas, han ido cambiando gradualmente la

demografía de la mayoría de las naciones y causado un envejecimiento sin precedentes de su población. Las raíces de la globalización moderna, y la razón de que no desaparezca, son asimismo elementales. La globalización, tal como la conocemos hoy, se deriva de la respuesta de decenas de miles de empresas a la nueva disponibilidad de mano de obra cualificada y de bajo coste en otros países, la creciente capacidad de las naciones en desarrollo para atraer capital y tecnología extranjeros, los avances en la fabricación que han permitido que los productores dividan y distribuyan las diferentes partes de sus procesos de producción entre plantas de diferentes países, y la difusión de las tecnologías de la información que posibilitan la gestión y coordinación de las redes mundiales. Por otro lado, la posición de Estados Unidos como única superpotencia mundial no sólo ha sido el resultado del hundimiento de la Unión Soviética, que es un hito de por sí, sino también de la decisión adoptada por Estados Unidos, y sostenida durante medio siglo, de gastar lo que fuera necesario para ser más fuerte que las demás naciones, y por Japón y las principales potencias europeas de que su seguridad dependiera de Estados Unidos. Las causas profundas de estos fenómenos les dan un enorme ímpetu, además de poder.

Con el paso del tiempo, las naciones no tienen más remedio que responder de alguna manera a las presiones creadas por estas fuerzas históricas. Pueden influir en la manera en que dichas fuerzas influyan en su sociedad, aplicando medidas que cambien la conducta de un gran número de habitantes o empresas. Pero lleva tiempo instaurar estos cambios y más tiempo todavía adoptar unas transformaciones tan profundas; a nuestro juicio, de diez a quince años. Esta posibilidad de cambio limita nuestras previsiones, aproximadamente, al período que va desde la actualidad hasta 2020.

Por ejemplo, en ese lapso de tiempo nada puede cambiar la dinámica demográfica que es la causa del actual envejecimiento de las principales sociedades ni su impacto en la tasa de ahorro y

de crecimiento y en la sostenibilidad de los sistemas de pensiones y atención sanitaria. Japón o los principales países de Europa podrían relajar las restricciones a la inmigración para aumentar su fuerza de trabajo, que ha disminuido debido al descenso de la natalidad, y recortar las obligaciones del Estado en atención sanitaria y pensiones. Si se produjeran esos cambios —y no hay indicios de ello en la actualidad—, los primeros efectos sociales y económicos quizá se hicieran sentir dentro de una década, más o menos. De igual manera, Francia, Alemania o Japón podrían poner en marcha hoy mismo las difíciles reformas económicas necesarias para poder participar con mayor éxito en la globalización —por lo menos, ahora Francia habla de ello—, pero se necesitarían como mínimo diez años para ver algún efecto en su tasa de crecimiento y en los ingresos y productividad de sus habitantes. El peso de China y Estados Unidos en la nueva economía global también podría disminuir, con el tiempo, dentro de la nueva economía global si, por ejemplo, China se enfrentara a graves disturbios sociales que frenaran su modernización o, lo que es incluso menos probable, si la economía de Estados Unidos comenzara a mirar hacia el interior. Sin embargo, es muy improbable que el papel clave que ambos países representan en la globalización cambie en un grado importante en el transcurso de una década. En términos geopolíticos es concebible que China o la Unión Europea puedan doblar o triplicar permanentemente sus inversiones militares, a partir de hoy. Sin embargo, esto es improbable, porque frenaría la modernización de China, y en Europa se duplicaría la presión impositiva sobre el sistema de medidas de protección social. Pero, si lo hicieran, sería necesario mantener esas inversiones durante una generación para llegar a acumular suficiente capacidad como para desafiar con éxito a la superpotencia estadounidense, incluso en el terreno regional.

Mirando más allá de una o dos generaciones, es seguro que se van a producir cambios profundos en muchas sociedades. No es posible saber cómo será la vida en Estados Unidos, Europa, Ja-

pón o China en 2035 o 2050. Pero el envejecimiento de la población y las oportunidades y riesgos de la globalización económica son fuerzas lo suficientemente arraigadas y trascendentales como para ofrecer una única perspectiva del rumbo que probablemente seguirán en los próximos diez o quince años.

El terremoto de los cambios demográficos

En la actualidad, en casi todas las sociedades modernas está teniendo lugar un proceso de envejecimiento sin precedentes. Por todo el globo, la edad media de la población de casi cualquier nación está aumentando. En ocasiones, en el pasado, este tipo de cambio se produjo en uno o en unos cuantos países a la vez, cuando una guerra o una epidemia eliminaban parte de la generación más joven. Alemania y Francia perdieron alrededor del 10 por ciento de su población de hombres jóvenes en la primera guerra mundial —más de tres millones entre las dos—, y la gripe, mal llamada española, de 1918-1919 se cobró 30 millones de vidas, la mayoría de las edades entre quince y treinta y cinco años, en más de diez países. En esta ocasión, por vez primera en la historia documentada, casi todos los países del mundo experimentan una generación inusualmente numerosa, seguida de otra inusualmente reducida. Sin embargo, tanto las causas como los resultados económicos difieren de una nación a otra.

En Europa occidental, Estados Unidos y los países más avanzados del mundo, el *baby boom* inicial fue el resultado de la decisión, tomada por decenas de millones de parejas durante la Depresión y la segunda guerra mundial, de retrasar el matrimonio o tener hijos... y, una vez volvieron la paz y la prosperidad, tuvieron muchos más hijos que sus padres. El mismo resultado se estaba produciendo, más o menos en la misma época, en docenas de sociedades menos desarrolladas, pero por causas diferentes. Allí, decenas de millones de parejas jóvenes descubrieron que sobre-

vivía una cantidad mucho mayor de hijos que en el pasado, debido, principalmente, a las grandes mejoras en las condiciones básicas de salud e higiene. En Asia, Europa y Norteamérica surgió, además, un segundo factor: los adelantos médicos aumentaban la duración de la vida, en especial en el tramo final. Desde 1960 a 2000 la esperanza de vida al nacer de los estadounidenses, japoneses y europeos aumentó de siete a trece años y alcanzó entre ochenta y tres a ochenta y cinco años para los que tenían sesenta y cinco años o más. En el mismo período, la esperanza de vida de los chinos al nacer casi se dobló, al pasar de treinta y seis a setenta años.

Por último, una serie independiente de factores frenó bruscamente el aumento de la natalidad en la siguiente generación, cuando las cada vez mayores oportunidades económicas —en especial para las mujeres—, el mejor cuidado de los niños y el abaratamiento de los anticonceptivos llevaron a las mujeres del *baby boom* a decidir tener muchos menos hijos que sus madres. Si sumamos todas estas fuerzas, el pulcro orden de las generaciones que sucedían a las generaciones anteriores —la estructura de edad estable que la mayoría de los países tenía desde principios del siglo XIX— cambió radicalmente en todo el mundo.

¿Qué le pasaría a su familia si, después de unas cuantas décadas de aumentos salariales, ganados por usted y su pareja, de repente ya no pudiera trabajar a jornada completa y, además, un pariente sin recursos tuviera que instalarse en su casa? Para empezar, sería una crisis familiar y, a menos que usted tuviera un plan para aumentar, de algún modo, sus ingresos, las condiciones materiales de su familia se deteriorarían con mucha rapidez. Las comidas se volverían más simples y las vacaciones menos frecuentes. El coche que conduce envejecería y se averiaría más a menudo. Tendría que vivir con más estrés, y su salud en general quizá empeorara. El tiempo y la energía de que dispondría para colaborar en la iglesia o en la escuela de sus hijos podría ir desapareciendo lentamente. Al final, las crisis de esta magnitud rompen los matri-

monios y, casi siempre, los niños sufren, tanto en casa como en la escuela.

Los resultados son muy parecidos en un país en el que la cantidad de personas en edad de trabajar, encargadas de producirlo todo, desde los alimentos a los productos farmacéuticos, pasando por la educación y los bombarderos supersónicos, disminuye de forma importante, al mismo tiempo que aumenta el número de personas que necesitan y esperan recibir muchas ayudas del gobierno. Con el tiempo, la calidad de vida de la nación también se puede deteriorar. Con menos gente que produce riqueza y más ancianos que necesitan ayuda económica y tratamientos médicos, los impuestos suben y la inversión disminuye. Una tasa de inversión menor significa que, con el tiempo, el salario de la mayoría de la gente crecerá más lentamente —o dejará de crecer por completo— mientras que los impuestos aumentarán.

Los cambios demográficos son fuerzas muy poderosas, pero su resultado final no está predestinado. Desde el famoso trabajo de Thomas Malthus en 1798, nos preocupa el hecho de que el envejecimiento de las personas pertenecientes a un aumento demográfico generacional, como el que muchos países experimentan hoy, someterá los recursos de un país a una presión excesiva y empujará hacia abajo su economía, con frecuencia mucho antes de que los pertenecientes a la generación del *baby boom* alcancen la mediana edad. En la actualidad ya no se lee mucho a Malthus por sus predicciones, pero el sombrío cuadro que pintó sigue vivo en la imaginación de muchas personas. Incluso en fechas tan cercanas como la década de 1970, tanto la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos como las Naciones Unidas advertían de que los bruscos aumentos de población en todo el mundo dejarán a la mayoría en peor situación económica. Una comisión presidencial de académicos y cargos públicos, presididos por John D. Rockefeller III, dictaminó: «Hemos llegado a la conclusión de que el crecimiento continuado de la población de la nación no producirá ningún beneficio sustancial», y que un cre-

cimiento cero «nos “compraría tiempo” al reducir la velocidad con que se acumulan los problemas relacionados con el crecimiento».¹ Al igual que Malthus, pasaron por alto el poder que tienen las nuevas tecnologías para crear nuevos recursos y sacar más provecho de los que ya tenemos; subestimaron la riqueza que se puede generar al educar mejor a ese mayor número de personas; y no comprendieron lo bien que algunas economías y sociedades se adaptan a condiciones cambiantes.

Una familia, igual que una nación, atrapada entre unos ingresos menores y unos gastos mayores, tiene alternativas, ninguna de ellas especialmente tentadora. El padre o la madre pueden volver a estudiar y aprender un nuevo conjunto de conocimientos que esté mejor pagado. La familia puede ofrecer alojamiento a un primo en edad laboral que sufra unos aprietos parecidos, y aunar ingresos. También existen otras opciones que a nadie le gusta plantearse, como pedirle a un pariente anciano que reduzca su medicación. Una nación, igual que una familia, tiene alternativas, aunque su respuesta se vea moldeada por otros factores. En Estados Unidos, la sociedad aprendió nuevas técnicas; el gasto del gobierno y la ambición de empresarios y científicos promovió el desarrollo de los ordenadores y el software que acabaron incrementando la productividad del país, de forma que un número menor de trabajadores pudiera producir más. China llegó más lejos por el mismo camino. Allí, una nueva generación de líderes, no limitados por la revolución de 1948 ni por la perversa ideología de Mao Zedong, abrieron su atrasada economía a la tecnología y los avanzados sistemas empresariales de Occidente. Estados Unidos, China y los países del Extremo Oriente y, más tarde, buena parte de Europa central liberalizaron decenas de sectores y se abrieron a los productores de otros países.

A la larga, estos cambios le costaron a Estados Unidos alrededor de un tercio de sus puestos de trabajo en la industria, y lo mismo sucedió en Europa y Japón. Una de las diferencias estribó en que, en general, estos dos últimos países se mantuvieron fieles

a su reglamentación, mientras que en Estados Unidos la desregulación provocó una competencia más intensa, que provocó presiones económicas que crearon más empleos de otros tipos. Otra diferencia estribó en que, a medida que la generación del *baby boom* iba envejeciendo, Estados Unidos abrió las fronteras a más inmigrantes, que complementaron su fuerza laboral, mientras que la mayoría de los otros países avanzados las mantenían cerradas. Los rápidos cambios en China y el Sureste Asiático también les costaron a muchas decenas de millones de personas sus medios tradicionales de ganarse la vida, mientras otros factores abrían oportunidades económicas en buena parte de Asia. Una vez que la menor tasa de mortalidad redujo el número medio de nacimientos por mujer en gran parte de esa región, hubo muchísimas más mujeres asiáticas que empezaron a trabajar fuera de casa.

En algunos países, unas medidas adecuadas ayudaron a convertir los aumentos demográficos en lo que los *pundits*, o supuestos expertos, llamaron milagros económicos. Todas las inversiones hechas en educación y atención sanitaria por todo el Extremo Oriente en las décadas de 1950 y 1960 ayudaron a que su extraordinaria cosecha de *baby boomers* fuera más sana y más productiva, y en las décadas de 1970 y 1980 esas sociedades tenían las economías de más rápido crecimiento del mundo. El *baby boom* llegó a Irlanda un poco después que al Extremo Oriente o a la mayoría de Europa. Desde principios de la década de 1990, el Tigre Celta ha sido la economía europea que ha crecido con más rapidez. Buena parte de ese crecimiento se explica por unas enormes concesiones en los impuestos y la normativa para las empresas extranjeras de TI, pero los economistas calculan que el aumento de irlandeses con una formación mejor que se incorporaron al mercado laboral en las décadas de 1980 y 1990 explica las dos quintas partes de ese éxito. Mientras que pequeñas naciones llenas de energía, como Corea e Irlanda, han creado economías que podrán sostener su crecimiento demográfico cuando los *baby boomers* se jubilen, los países que han aprovecha-

do menos las nuevas condiciones demográficas se encuentran en auténticos aprietos. Buena parte de América Latina no prestó atención a su propio crecimiento demográfico o lo trató como una carga. Casi dos generaciones de dictaduras militares descuidaron la educación masiva y las medidas que podrían producir una modernización sensata, y dejaron un legado de crecimiento lento y políticas inestables a sus sucesores más democráticos, que ahora se enfrentan a una rápida expansión de su fuerza laboral, debida a unos *baby booms* que llegan con retraso. Japón, Alemania y Francia invirtieron en educación en las décadas de 1960 y 1970. No obstante, su resistencia a las exigencias de la globalización en las décadas de 1980 y 1990 les ha costado una generación de dividendos potencialmente muy grandes, impulsados demográficamente, y los dejará sin protección cuando sus *boomers* alcancen la edad de la jubilación, en los próximos quince años.

Estos cambios, y las distintas respuestas de diferentes sociedades, envían ondas expansivas por las economías y la vida diaria de todos los países y regiones. En Japón y en la mayor parte de Europa, la caída de la natalidad está empezando a reducir la fuerza laboral y, a menos de que la robótica produzca una nueva fuerza ciberlaboral, este factor, por sí solo, hará que en los próximos quince años se reduzcan los ahorros, la inversión y el crecimiento económico global. En la mayoría de las otras grandes naciones, la cantidad de trabajadores continuará creciendo, pero más lentamente que antes, produciendo algunos de los mismos efectos, aunque de forma más leve. De aquí a 2020, por ejemplo, la caída de natalidad en Estados Unidos se verá ampliamente amortiguada por los efectos de dos generaciones con una inmigración alta. En China, la mayoría del Sureste Asiático, Asia meridional y tal vez la India —todos situados entre los países de más rápido envejecimiento del mundo—, los grandes pasos dados en atención sanitaria y la floreciente economía de mercado permitirán que más personas trabajen más tiempo y sean más productivas, y contengan muchos de los costes nacionales de la caída de la nata-

lidad. El aumento o disminución de la fuerza laboral de un país tendrá, asimismo, importantes efectos sociales cuando sus *boomers* envejeczan. Las poblaciones de más edad de todos estos países pasarán del 35 al 60 por ciento en los próximos quince años, lo que obligará a casi todos los gobiernos del mundo a incrementar el gasto público y aumentar los impuestos —o incurrir en enormes déficit— para pagar los cuidados médicos básicos y las pensiones de jubilación. Donde una base de contribuyentes cada vez menor y un crecimiento lento empujen hacia abajo la riqueza nacional es probable que estas demandas polaricen el debate público y, finalmente, provoquen conflictos políticos duros y desagradables.

Un nuevo panorama económico

Los grandes y profundos cambios en el funcionamiento de las principales economías del mundo son la segunda fuerza histórica que moldea el futuro cercano de todos. Durante los últimos treinta años, los intercambios comerciales y las inversiones entre países han crecido el doble de rápido que el total del crecimiento y las inversiones de todos los países, creando un nuevo panorama global. En 2020, la mayoría de los productos que los europeos, estadounidenses y asiáticos conduzcan, usen, manejen y consuman —la enorme mayoría de la industria y muchos servicios empresariales y personales— los harán o los suministrarán fábricas y complejos de oficinas de países de rápido desarrollo y salarios bajos; no sólo China, sino también lugares como Bangladesh, Malasia, Indonesia, México, Brasil, Polonia, Rumanía, Túnez y Ghana. Actualmente, Renault, Daewoo y Daimler Chrysler producen coches en Rumanía. En el mismo pequeño país, Vodafone y Qualcomm fabrican productos electrónicos, Hewlett Packard e IBM producen piezas de ordenador, y Procter & Gamble, Colgate y Coca-Cola elaboran sus marcas allí. Es posible que los neu-

máticos Goodyear, los jabones y productos de tocador de Procter & Gamble y la Coca-Cola que usan y consumen estadounidenses y europeos provengan de Marruecos, mientras que tanto el atún StarKist, de Pioneer Foods, como el aluminio de Kaiser y Alcoa y la Coca-Cola se producen hoy en Ghana.

Los *pundits* y los políticos empezaron a hablar de globabilización en la década de 1990, pero en su forma actual empezó realmente en la década de 1970, cuando surgió como metamorfosis de una dinámica de comercio internacional existente desde hacía siglos. Una de las razones de aquel cambio fue la decisión, que Estados Unidos adoptó de forma unilateral en 1971, de poner fin al régimen de tipos fijos de interés establecidos después de la segunda guerra mundial. Por vez primera, las compañías occidentales podían cambiar los beneficios que hacían en otros países por sus propias divisas a tipos de intercambio de mercado, que variaban poco a poco, día a día. De igual importancia fue el que, aproximadamente por las mismas fechas, la OPEP triplicó el precio del petróleo. Todas las grandes empresas se esforzaron por reducir otros gastos y empezaron a mirar con más atención hacia los países en vías de desarrollo más prósperos, donde todo, excepto la energía, era mucho más barato que en Occidente. Siguiendo muy de cerca estos cambios, las inversiones extranjeras se dispararon. Las empresas de Estados Unidos y Japón extendieron sus operaciones y ámbito de negocio en el extranjero al mundo en vías de desarrollo, en especial en Asia, donde los cambios demográficos y las mejoras locales en salud y educación estaban creando una fuerza laboral relativamente cualificada, pero de bajo coste. A finales de la década de 1970, las multinaciones occidentales estaban transfiriendo tecnologías y construyendo plantas por todo el Extremo Oriente. Estados Unidos, Europa y Japón empezaron a perder puestos de trabajo en la industria, y se puso en marcha el milagro de las economías del Tigre Asiático.

Incluso entonces seguía sin existir una auténtica economía global propiamente dicha. La mayoría de las relaciones económi-

cas se producía dentro de dos grandes bloques geopolíticos y casi nunca entre ellos. El primero, llamado con razón el «mundo libre», captaba los países en vías de desarrollo, no socialistas, de Asia, América Latina y el sur de África, naciones que exportaban artículos básicos como petróleo, minerales y alimentos, principalmente a las economías más avanzadas de Europa, Japón y Estados Unidos, las cuales también exportaban productos acabados más complejos principalmente las unas a las otras. El segundo bloque estaba compuesto por la Unión Soviética, la Europa del Este, China, la India y Cuba, con unos modelos de comercio parecidos. Los dos bloques se enfrentaron en la larga guerra fría y, durante cincuenta años, tuvieron poco que ver el uno con el otro en el aspecto económico.

Estos bloques políticos y económicos se disolvieron de repente en la década de 1990, lo que cambió la forma básica de la economía internacional. En primer lugar, en 1989 se hundió la Unión Soviética, lo que acabó con el bloque económico socialista independiente. Por vez primera, las empresas de Estados Unidos, Europa y Japón tuvieron acceso a las enormes fuerzas laborales y recursos de China y, en un grado mucho menor, la India, que habían estado educando activamente a una parte de su mucho más numerosa población. En menos de una década, la reserva de posibles trabajadores disponibles, de alguna manera, para las compañías occidentales se amplió en cientos de millones de personas —una situación sin precedentes en la historia de la economía—, todas ellas dispuestas a trabajar por una parte del salario que se ganaba en Occidente o, incluso, en los Tigres Asiáticos o en América Latina.

El problema era que en 1990 la mayoría de estos trabajadores cualificados y con salarios bajos estaban empleados en monopolios propiedad del Estado que no podían producir casi nada de lo que los occidentales querrían comprar. Pero con el espectacular fracaso del comunismo en el lugar donde había sido fundado, las economías de mercado se convirtieron en la única estrategia

económica, nacional o global, que quedaba en pie. Así pues, a principios de la década de 1990, las economías de mercado líderes del mundo, encabezadas por Estados Unidos, dirigieron las negociaciones globales encaminadas a crear la nueva Organización Mundial del Comercio (OMC). Técnicamente, la OMC se limitaba a sustituir el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (o GATT, sus siglas en inglés) que los distintos países habían usado durante cincuenta años para negociar recortes en aranceles y cuotas. Desde el principio, la OMC tenía ambiciones de mayor alcance, con un credo operativo que canalizaba la fe de Estados Unidos y de su presidente, Bill Clinton, en los beneficios y la inevitabilidad de la inversión global, la transferencia global de tecnología y los mercados globales para todo.

El 1 de enero de 1995 se incorporaron 74 países, entre los que estaban todas las economías avanzadas y decenas de naciones en vías desarrollo, desde Brasil y Corea a Bangladesh y Kenia. Con la mayoría de las economías significativas del mundo a bordo, la OMC empezó a negociar y redactar las normas que todos los países tendrían que seguir para formar parte del capitalismo global, unas normas que cubrían la mayoría de los aspectos más importantes de la vida económica de cualquier país. Todos ellos tienen que aceptar el desmantelamiento gradual de las leyes y regulaciones que restringen las importaciones de otros países, sector por sector, desde los muebles y los semiconductores a las adquisiciones del gobierno y las telecomunicaciones. También tienen que estar de acuerdo en revisar las barreras que hay en algunos sectores, como las restricciones a la propiedad por parte de extranjeros o la competencia interna. El punto fundamental es que los países que quieren formar parte de la globalización, al estilo de la OMC, tienen que retirar las subvenciones y protecciones que han utilizado durante décadas o siglos para sostener sus propias industrias internas.

Los países en vías de desarrollo, como China y la India, se han enfrentado a las mayores conmociones: han tenido que des-

mantelar los monopolios del Estado y, sector por sector, abrirse a las inversiones extranjeras, a las empresas conjuntas con compañías occidentales y a su propia competencia interna. De los dos, China ha avanzado de forma más amplia y profunda que la India y se ha convertido en un motor que, probablemente, la India no llegará a ser hasta dentro de más de una generación. De todos modos, cuando estos dos enormes países, junto con decenas de otros más pequeños, abrieron su economía a los mercados, la difusión, veloz como un rayo, de las nuevas tecnologías de la información intensificó el ritmo del cambio, lo que dio a las empresas norteamericanas, europeas y japonesas mucha más capacidad para trasladar su dinero y sus operaciones a través de continentes y culturas y seguir controlando a sus proveedores, subcontratistas y clientes en todo el mundo en vías de desarrollo.

La combinación de estos factores impulsó la acción de dos maneras diferentes. Incrementó la capacidad de muchos países en vías de desarrollo para atraer el capital necesario a fin de construir fábricas modernas y montar organizaciones empresariales modernas. También aumentó la capacidad de las compañías occidentales para trasplantar sus tecnologías y su manera de hacer negocios. Los primeros inversores occidentales en China, como IBM y Watts Water Technologies, fabricante mundial de válvulas para agua, no consiguieron muchos beneficios con sus empresas conjuntas iniciales formadas en la década de 1990: la mano de obra era barata pero poco fiable, el transporte era primitivo, los cargos del gobierno elegían a sus proveedores entre sus amigos, y las prácticas empresariales chinas de aquel momento chocaban con los métodos modernos. Gradualmente, cada una de las partes averiguó lo que la otra necesitaba, y no sólo en China, sino en buena parte del resto de Asia y en buena parte de Europa central y del Este. En el año 2000, por vez primera en la historia, las empresas con tecnologías y sistemas empresariales de vanguardia operaban legal y eficazmente en países con un número casi ilimitado de trabajadores razonablemente

cualificados, dispuestos a trabajar por una pequeña parte del salario medio mundial.

Con las principales naciones del mundo a bordo, el nuevo territorio económico global ayudará a trazar el camino y forjar el destino de cada una de ellas. En 2020 la gran industria pesada habrá desaparecido a rasgos generales de las economías avanzadas, y la producción de la mayoría de automóviles y acero, electrodomésticos y aparatos electrónicos —sin importar sus nombres de marca occidentales— se trasladarán para siempre al mundo en vías de desarrollo. Los productos pesados cuyo envío sea demasiado caro se fabricarán en economías en desarrollo cerca de los mercados de las naciones avanzadas. Por ejemplo, China e Indonesia producirán mercancías pesadas para el mercado japonés; Turquía y Rumanía, para el mercado europeo, y América Latina, para el mercado estadounidense. Los productores globales de productos básicos mundiales siempre conservarán una base en sus principales mercados occidentales, de forma que las fábricas estadounidenses, europeas y japonesas de automóviles y ordenadores no desaparecerán por completo de su propio país ni de los otros dos. No obstante, en 2020 la mayoría de los puestos de trabajo que están actualmente en Estados Unidos, Europa y Japón, en sectores que compiten directamente con China y otros países que se están modernizando y tienen salarios bajos, habrán desaparecido.

Si queda alguna duda sobre el poder que tienen estos cambios para destruir puestos de trabajo, tengamos en cuenta que Estados Unidos perdió más puestos de trabajo en la industria —unos 2,8 millones de empleos— en los tres años que van de 2001 a 2004 que durante el *Rust Belt* (Cinturón del Óxido), los años de desindustrialización, desde finales de la década de 1970 a principios de la de 1990. Además, durante los recientes años de fuerte crecimiento de Estados Unidos, de 2003 a 2005, los fabricantes de equipos eléctricos y electrónicos, de equipamiento para el automóvil y el transporte, y de equipos industriales y de ordenadores cerraron más de seiscientas plantas en Estados Uni-

dos. Los políticos estadounidenses y europeos no pueden hacer retroceder estas fuerzas, pese a lo que prometan, y devolver la fabricación de maquinaria pesada o neumáticos a Toledo (Ohio) o Liverpool. En el mejor de los casos, pueden influir en cómo sus países responden a estas fuerzas.

De aquí a 2020, la globalización realizará la misma alquimia económica en muchos servicios. Ya se han puesto los cimientos en las extensas redes de relaciones empresariales y financieras que hoy se extienden desde Chicago, Nueva York, Frankfurt y Londres hasta Shanghai, Taipei, Bangalore y Budapest. El nuevo elemento importante son los continuados avances en la creación de software que permiten a las empresas dividir un servicio complejo, por ejemplo un proyecto de investigación y desarrollo, en las partes que lo constituyen —exactamente igual que como sucedió en la fabricación— y distribuir esas partes entre empresas de cualquier lugar que puedan ocuparse de ellas económica y eficazmente. En unos cuantos terrenos, este proceso está ya muy avanzado, entre ellos los centros de servicios y la propia programación de software, además de algunos campos de investigación y desarrollo. En ciertos sectores de servicios empresariales, financieros y de atención sanitaria, existen programas que permiten que personas con unos conocimientos bastante básicos realicen tareas bastante complejas. Ahora el software incorpora la mayoría de las operaciones técnicas asociadas a la preparación de declaraciones tributarias, balances financieros y contabilidad, y la realización de pruebas médicas. Antes de que acabe esta década, estos programas cubrirán amplias zonas de control de inventarios, diagnósticos médicos, ingeniería y análisis legales. La única barrera para trasladar estas tareas a través de las fronteras es el idioma, así que la subcontratación externa de los servicios empresariales de Estados Unidos se ha centrado hasta ahora en la India, mientras que las compañías alemanas, francesas e italianas acuden a Europa central.

Si pensamos en los próximos quince años, la globalización de los servicios bien podría tener unos efectos más amplios que la